

Las rusas (Fragmento)

Patriota

Me quedan dos meses de contrato. El zócalo flojo, la pérdida del aire acondicionado, las garras que marcan la desesperación del perro en la puerta de entrada no me pertenecen, son deudas de ese pasado reciente en el que daba la teta mirando la villa Fraga y el Jumbo de al lado, sin distinguir el atardecer de la madrugada, el sábado a la mañana del domingo a la tarde.

Busco una casa con un cuarto para mí y uno para mi hijo en los alrededores de su jardín de infantes. La primera que encuentro es de una amiga de una amiga, en esa marea de datos que se retuitean, se reenvían y se favoritean a una velocidad obscena, enemiga del tiempo real donde todo el aparato "alquilar una casa" se despliega realmente. Escribo un mensaje privado y me piden que esté el domingo a las 14; hora infame pensando en la siesta del niño, pero me veo obligada a obedecer. El mapa digital marca una línea punteada que bordea el cementerio. Parecen pocas cuerdas, pero son diecinueve y media: número sin suerte ni encanto. Las fotos donde anuncian este tres ambientes en un noveno piso luminoso parecen sinceras; no están tomadas desde ángulos imposibles para aparentar más espacio y el blanco en las paredes siempre es tentador: se ve un cielo limpio desde el ventanal de un living en el que puedo imaginar a mi hijo armando su carpa y a mi perro temblando la siesta.

Vamos por Jorge Newbery para el otro lado que siempre, y esa osadía me aprieta el diafragma. Escuchamos alt-J muy bajito. La avenida arbolada, con ese bar Rodney donde hablamos con el padre de mi hijo apenas unos meses antes de concebirlo, está desierta, erigida para que lleguemos temprano a destino. Los puestos de flores para llevar a los muertos no tienen vendedores ni visitantes; solo flores contentas mirando la calle. Juan hace el ademán de olerlas, nos miramos por el retrovisor y pasamos la vía de Warnes.

Madhava me está esperando en el hall del edificio. Habla con el portero. La reconozco aunque solo la vi en las fotos de su perfil, siempre con un turbante color mostaza exageradamente grande para el tamaño real de su cabeza. Arqueamos las cejas, ella desde adentro y yo desde afuera, y me abre con una sonrisa forzada. Ya está calculando que el cochecito no entra en el ascensor y que el desnivel de un ala del edificio nos va a obligar a cargarlo entre las dos en un acto aparatoso de confianza previa a que la confianza exista realmente. Pero primero es el beso, el elogio al niño y la sutil inspección de mi aspecto: nunca se sabe bien qué espera un propietario de su inquilina, si solvencia, respeto, humildad o atropello. Pero yo vengo a ver el departamento, yo decido.

Pasamos el trámite del viaje con bastante dignidad, y en la puerta del 9°B nos espera Nélica, la inquilina actual, una sexagenaria que enseguida me explica que ella se muda porque tiene su casa. Esta, la que alquiló por dos años, los mismos dos que hace que yo vivo en Charlone, está llena de macetas en las

que el tiempo dejó crecer unos yuyos pulposos como plantas carnívoras. El ventanal ofrece el mismo cielo que las fotos pero los herrajes están oxidados, y por la protección de balcón corren unos cables sospechosos. El piso de roble que se subrayaba en el aviso está rayado y quemado, sobre todo en la zona del cuarto, junto a la mesa de luz, con la marca inconfundible que deja un fósforo cuando cae prendido en la madera expuesta. Hay como treinta de esas marcas largas, y las tres las miramos en tiempos iguales, con ese ruido que hace el pensamiento cuando va a toda velocidad. Mi hijo empieza a llorar, a retorcerse en el cochecito; no quiere mirar el departamento, no le gusta la inquilina —estoy segura— y a mí tampoco. Le explico de nuevo, como marca la teoría, que estamos acá porque tenemos que mudarnos pronto, y que esta es una casa posible. Pero no me escucha, hace el esfuerzo del llanto pero entrecerrando los ojos y gimiendo como un corderito. Lo alzo y hace eso que odio, un tirabuzón con el que sus doce kilos fuerzan las terminales nerviosas de mi columna más allá de lo posible.

—¿Querés un vaso de agua? ¿Cómo te llamás? —le pregunta Nélide con esa tonalidad actoral con la que se les habla a los niños.

—Se llama Juan —le digo, y mi hijo me empieza a tironear el escote para meter la mano entre mis tetas, mientras me niego e intento mirar la cocina ya no tanto por interés sino por morbo. En la heladera hay una calcomanía de Fuddruckers que también está en la mía; me acuerdo del queso cayendo despacio y del lobby intercountry que se armaba en los salones de Santa Fe y Ayacucho. Me pregunto de dónde la habrá sacado Nélide, que le habla a Madhava del calefón, dice que hay que cambiarlo cuanto antes y que el plomero le dijo que lo ideal es instalar un termotanque. Madhava le dice que sí, que lo van a cambiar cuando venga su compañero de Formosa, donde viven ahora en comunidad meditadora, esa del maestro procesado por someter a menores a sus delicias florales. Lo vi en Facebook, pero no le di importancia hasta este momento. ¿Por qué iba a alquilar esto y colaborar en el diezmo de ese borracho lumpen que aparecía en la tele en 2008 jurando que practicaba cuatro horas de kung fu todas las mañanas con una panza de vino más grande que la cabeza de un toro? Ya sé que este departamento es horrible pero igual pregunto por el baño chico, ese que en las fotos parecía el más lindo de la casa. Mientras tanto, lo acerco a Juan a una repisa llena de objetos, para que elija alguno y se calme. Agarra una llama del salar de Uyuni con una mano y una palomita tallada en hueso con la otra. Vamos al último cuarto, el que hace esquina con Donato Álvarez, que sería para mi hijo. Ahí está la obra de Nélide, unos esqueletos de yeso que simulan ser huesos humanos: un fémur, una mano torpe, una especie de tórax a medio terminar. Al tórax, Nélide le puso una enagua y lo tiene colgando de una percha como una cortina. En las paredes hay menciones de premios nacionales de arte y llego a leer un apellido que me suena muy familiar, pero no tengo tiempo de metabolizar tanta información.

—Las expensas son caras por la seguridad las veinticuatro horas y la losa radiante.

—Claro, pero... ¿tan caras? ¿Lo valen?

—Y, no —dice Nélida, y Madhava asiente porque ya sabe que soy una clienta perdida. Madhava está en otra sintonía, no sé si lo hace intencionalmente pero creo que quiere que pensemos que mientras habla con nosotras está meditando, como su maestro, que fingía meditar todo el tiempo, hasta dormido. Yo pienso que el sabio no hace tantos gestos como Madhava; ella tiene un mohín de llevar la cara para atrás de su propio plano que genera una papada constante en esa silueta flaquísima que se esculpe a base de avena y pasas.

Lo más difícil de la maternidad es entregarse. Soportar el ritmo del sueño de otro que no nos respeta; esa es la parte más tortuosa, es como ir a la guerra. Hay que tener la mente muy fría, no atascarse en la emoción insoportable de que el bebé enrede los dedos en nuestro pelo, pajoso por la lactancia. Entregarse a esa manera inoportuna, ingrata del niño en su flatulencia de egoísmo constante, que ahora mismo me marca una molestia que no puedo explicar sino con gestos de emergencia: no me importa qué piensan ellas de mí ni de mi hijo, no quiero gustarles ni me interesa el departamento tomado por los falsos huesos de Nélida, pero quiero que mi hijo se calme, se calle, que me deje terminar el trámite con hidalguía, como una señorita buena, que recibe muchos me gusta sin hacer demasiado. Pero se queja, irradia la incomodidad que todas rebotamos con sonrisitas. Abro el placard del estudio y Nélida corre al cuarto. “Solo hay ropa de persona”, me aclara, cerrándolo. “Sí, ya veo”, digo y Madhava me mira y se encoge de hombros sacando la lengua demasiado, como en una travesura.